

ECA

Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año IX

San Salvador, Centro América—Junio de 1954

Número
83

ORIENTACION

Responsabilidad vital del profesor de religión

CARACTERES ALARMANTES DEL ATEISMO DE HOY.

El 4 de mayo próximo pasado, la agencia de noticias United Press destacaba unas palabras de la carta que el Santo Padre acababa de dirigir al Conde Giuseppe della Torre, director del Osservatore Romano y Presidente de la cuarta conferencia internacional de la prensa católica reunida en París.

“El mundo —leemos allí— está empeñado en una lucha espiritual cuya importancia nadie puede desconocer”. Y en otro lugar: “Una inmensa ola de ateísmo ha arrasado el mundo, y rara vez la acción contra la religión de Cristo se ha hecho más penetrante y sistemática”.

Verdaderamente, esas palabras impresionan porque denotan una preocupación honda en el Sumo Pontífice; pero no expresan toda la tragedia que vive el Papa. A éste, el ateísmo del siglo XX le alarma, más que por su extensión, francamente extraordinaria, por los síntomas que presenta, y sobre todo por ser efecto inmediato del “espíritu técnico” y concausa agravante de los males inmensos que aquél está produciendo en nuestra época. Por eso, un hombre tan culto como él, y tan amante del progreso científico, tiembla de veras ante la visión tan vasta que la técnica, con sus posibilidades inagotables, despliega ante los hombres y que por muchos puede ser confundida con el infinito... Es que no se le oculta que de ahí a poner la perfección de la cultura y de la felicidad terrena en los métodos técnicamente posibles de producción mecánica con los que se puedan explotar las fuerzas de la naturaleza, no hay más que un paso, y que de ahí al ateísmo no existen distancias.

"No es que la técnica exija por sí misma la renuncia de los valores religiosos (puntualizaba en su último Mensaje de Navidad). Lógicamente, ésta, como lo hicimos notar, más bien conduce a su hallazgo; pero es aquel "espíritu técnico" el que coloca al hombre en una condición desventajosa para investigar, ver y aceptar las verdades y los bienes sobrenaturales. La inteligencia que se deja seducir por la concepción de vida que deriva del "espíritu técnico" permanece insensible, sin interés, por consiguiente, ciega frente a obras que, como los misterios de la fe cristiana, difieren totalmente por naturaleza de la técnica".

Lo grave, pues, del ateísmo actual, es que originándose en la adoración de las fuerzas naturales, no puede menos de llevar a la humanidad de tumbos en tumbos a través de todos los órdenes. En el social, por ejemplo, destrona la dignidad humana para convertirla en instrumento de la producción, al paso que convierte al hombre, de sujeto de la sociedad, en objeto de la misma. En el internacional las consecuencias son mayores y sencillamente de pánico. Por eso Su Santidad no puede menos de ver con espanto cómo el materialismo, precisamente en un momento crucial y en extremo crítico, nos desvía del único camino que conduce a la paz; y exclama angustiado:

"Esa concepción materialista de la vida amenaza convertirse en la norma de conducta de los agentes de la paz y en la receta de su política pacifista. Creen ellos que el secreto de la solución consiste en dar a todos los pueblos la prosperidad material mediante el aumento constante de la productividad del trabajo y del nivel de vida, igual que como hace cien años una fórmula semejante fundaba la confianza absoluta de los hombres de Estado: la paz eterna por medio de la libertad de comercio". (Mensaje de Navidad de 1953).

Y decepcionado concluye con la razón fundamental del error de los políticos modernos:

"...ningún materialismo ha sido capaz de instaurar la paz, porque ésta es, ante todo, una actitud del espíritu, y sólo en segundo lugar, un equilibrio armónico de fuerzas exteriores".

LA UNICA SOLUCION: LA EDUCACION CRISTIANA.

Pero ¿cómo hacer comprender su yerro fatal a un mundo minado religiosamente por el materialismo?... Precisamente el efecto más trágico del "espíritu técnico" consiste en "quemar las naves" de la liberación, cortando así de raíz toda posibilidad de remedio. Con su criterio básico de que sólo es real lo que es numerable y utilizable, priva al hombre del sentido crítico necesario para analizar debidamente sus inquietudes y la superficialidad de nuestra época. Así no podrá nunca penetrar las realidades profundas de la vida orgánica, espiritual y social, y tendrá que verse condenado a asfixiarse dentro de las fronteras de la materia....

La única solución posible consiste, pues, en prevenir el ateísmo antes de que el espíritu técnico haya seducido la inteligencia del hombre, mediante la acertada educación religiosa de la niñez. La conclusión es obvia y cae muy dentro del pensamiento de Pío XII. Lo dice él con sus propias palabras, dirigiéndose a los miembros de la Unión Católica Italiana de los Profesores de la Enseñanza Secundaria:

"...sería una tentación de pereza detenerse con complacencia sobre cifras y testimonios (de alabanza), quedando aún tanto trabajo por hacer para refrenar y rechazar la corriente materialista, de la que Nos hemos hablado recientemente en nuestro último Mensaje de Navidad". (Osservatore Romano, 6/1/54).

Y así se perfila ya toda la trascendencia, toda la importancia y la necesidad absoluta de la educación religiosa. De ésta depende el que la generación que avanza no sea materialista, sino espiritualista. Más aún: sin ella la sociedad no constaría de "hombres", sino de bestias. Porque no bastan, para humanizarla, los progresos pedagógicos, aun reconociendo que son inmensos: se requiere absolutamente la educación cristiana, por una razón profundísima que apunta el Papa en su mismo discurso a los Profesores de la Unión Católica Italiana:

"Sin embargo, un profesor cristiano no podría contentarse con la técnica pedagógica; su fe le enseña, y la experiencia lo confirma desgraciadamente, la importancia del pecado en la vida del joven; él conoce, por otra parte, la influencia de la gracia. Los pecados capitales en sí no dependen de la medicina. Es verdad que a menudo existen razones temperamentales y de salud que influyen en la pereza y en otros defectos; pero siempre anda también de por medio el pecado original. Por lo cual, el educador cristiano no se puede contentar con dejar obrar a la naturaleza o simplemente con favorecerla, como lo hace un agricultor con los productos de la tierra. A imitación de la gracia de Dios, cuyo auxiliar se contenta con ser, corrige y educa a un mismo tiempo".

LA FAMILIA, COOPERADORA RESPONSABLE DE LA EDUCACIÓN RELIGIOSA DEL COLEGIO.

La educación cristiana, sin embargo, no puede ser obra exclusiva del colegio: exige la colaboración del hogar, y por eso, ni el primero puede desatender lo que pasa en la familia —hasta el grado de orientar a los padres si fuere necesario—, ni el segundo puede desinteresarse de la manera como los educadores de profesión cumplen con la sagrada delegación que les ha hecho al confiarles sus hijos. Nada mejor, para recalcar y aclarar esa relación mutua, que transcribir la cita del Papa en el ya mencionado discurso, aunque resulte un poco larga:

"Los jóvenes, de los cuales debéis ocuparos, no son seres abstractos, sino hijos de familias determinadas. ¿Por qué motivo producen a veces tan escasos frutos tantos esfuerzos de los maestros, tantas horas y tantos años de abnegación constante, sino porque la familia, debido a su carencia educativa, a sus errores pedagógicos, a sus malos ejemplos, destruye diariamente lo que el profesor se esfuerza penosamente por construir? Acaso no tiene él nada que decirle a la familia? ¿No debe hacer nada para ilustrarla, ayudarla y hacerle cobrar conciencia de la complejidad y de la amplitud de su misión, inculcarle nociones pedagógicas exactas, corregir sus errores y estimular su celo? Es inadmisibles que tantas familias crean haber cumplido sus deberes para con sus hijos, con haberlos enviado a la escuela, sin preocuparse de colaborar íntimamente con los profesores, sobre los cuales estiman falsamente poder descargar toda una parte de sus obligaciones. Esto es verdad, sobre todo, en cuanto a las clases primarias, pero también lo es para las de secundaria; entonces, efectivamente, es cuando los adolescentes, en período de crecimiento, comienzan a emanciparse de la autoridad embarazosa de los padres, y sucede a menudo que oponen el profesor al padre, la escuela a la casa. Un gran número de papás se hallan entonces como desprovistos de autoridad ante el humor bizarro de los niños, y ciertos yerros que se cometen durante esos años pueden ser nefastos para el equilibrio del adolescente".

He ahí descrita con claridad y energía, pero sobre todo con autoridad, el cuadro de responsabilidades de la familia en cuanto a la educación de sus hijos, y por medio de ésta, respecto a la subsistencia de la misma sociedad, a punto de ser devorada por el espíritu técnico más funesto y destructor. Tiene, si, que consultar a los pedagogos de sus hijos, pero en cierto sentido, tiene que vigilarlos también, interesándose por el sesgo que le dan a la educación, sobre todo a la religiosa. Respecto a esta última, sin embargo, tratándose de colegios de la Iglesia, como son los de los religiosos, no podrán imponerse autoritativamente, pero siempre les queda el camino de las negociacio-

nes, en vista del bien de sus hijos. Ahora bien, una pieza esencial en el éxito de la educación religiosa, es precisamente el Profesor de la materia, el cual, por su trato diario con el alumno y por tener el cargo de echar las bases de las convicciones religiosas que han de inmunizar al futuro ciudadano contra el espíritu destructor del materialismo, tiene que tener un conjunto de cualidades y una preparación totalmente excepcionales. Le interesa, pues, a la familia, saber cómo debe ser el Profesor de Religión, para que cumpla con éxito su delicadísima misión. Así podrán exigirle por las vías correspondientes, si en "su" colegio no se lo dieran espontáneamente.

¿QUE DEBE EXIGIRLE AL PROFESOR DE RELIGION?

Por de pronto, es cosa evidente que en esta materia, el acertar con el método es de vital importancia. ¡La enseñanza religiosa es una medicina de tanta precisión, que si no se da en la forma debida, resulta contraproducente y puede engendrar hasta la irreligiosidad y el ateísmo! Tiene pues que ingeniárselas el profesor para hacérsela interesante al niño, y no con un interés meramente extrínseco y accidental, sino con un atractivo vital. Mejor diríamos que tiene que interesar al alumno todo entero con un valor humano. Esa es la conclusión a la que, con todo el aplomo que le daba la experiencia, llegaba M. Marcel Légaut en el Comunicado que leyó en el Congreso Internacional de la Enseñanza Media Libre, celebrado en el Luxemburgo, en Julio de 1936: "El resultado más funesto que se puede esperar de una enseñanza religiosa mediocre es precisamente el de convencer a los que han sido objeto de ella que la religión no sirve para vivir, que no es más que un conjunto de doctrinas y de prácticas superpuestas a la vida, y que únicamente vienen a complicar todavía más la moral natural, individual y social" (Etudes, Paris, tomo 228, p. 729). Por eso creemos acertadísimo el enfoque que da al problema el R. P. Marcel Van Caster, S. I., del Centro Internacional de Estudios de la Formación, Religiosa, de Bruselas, en el artículo que bajo el título de "Approfondir et enrichir la vie de foi: but de l'enseignement religieux" publicaba este año en el número de Enero-Marzo de la Revista "Lumen Vitae".

Con lógica impecable, antes de estructurar su método, trata de establecer con toda nitidez el fin que se pretende alcanzar con él. Ahora bien, éste no es meramente comunicar la ciencia necesaria para asegurar un diez en el examen, ni tampoco crear hábitos de una práctica sin base en la verdad ni ambas cosas juntas, pero desligadas por completo de todo convencimiento interior. Lo que se ha de conseguir, en cambio, es un conocimiento vivo que sea compromiso consciente con Jesucristo. De suerte que la enseñanza religiosa que no termine en una fe viva y operante, y por medio de ésta, no culmine en una entrega total y confiada a Dios en Cristo, no habrá logrado su objetivo. Y la fe, es cierto, supone la ciencia, pero no es ciencia. El hombre de fe debe saber por qué tiene que creerle a Dios cuando le revela algo, y no debe ignorar que Dios ha hablado por medio de Jesucristo, que la Iglesia guarda intacta esa revelación y cuál es su contenido. Además, este cúmulo de verdades previas tiene que saberlo defender con razones. Pero con todo eso le falta aún lo principal: fijarse plenamente de la palabra de Dios, de suerte que éste supla sus ignorancias en lo que, como son los misterios, él no puede saber. Y ese último paso es precisamente el fin de la enseñanza religiosa. Para decirlo con más precisión, empleemos los mismos términos que el P. Van Caster:

"El fin de la enseñanza religiosa es promover la fe, la cual es un conocimiento activo, una mentalidad voluntariamente asimilada, una entrega según una orientación

de pensamiento y de acción. Profundizar y enriquecer la vida de fe consiste en desarrollar la transformación de nuestro pensamiento en el sentido cristiano y en perfeccionar la entrega confiada con miras a la unión con Dios en Cristo". (p. 96).

PREPARANDO LA FE.

¿Cómo? Mediante la clase de religión, la dirección espiritual y las obras de formación apostólica, las cuales, dentro de la perspectiva arriba indicada, se estructuran solas con nitidez de líneas. En especial, nuestro método didáctico nos aparece así lógico y seguro. Porque si se trata de hacer adoptar activamente al alumno una actitud de fe, HAY QUE PRESENTARLE LA DOCTRINA COMO PALABRA DE DIOS, poniéndolo en contacto directo con las fuentes de la revelación (Sagrada Escritura, Tradición o expresión de fe contenida en ciertos textos doctrinales, en la oración litúrgica y en la práctica de vida cristiana aprobada por la Iglesia en la persona de los santos canonizados), PERO SIMULTANEAMENTE HAY QUE SUSCITAR LA RESPUESTA CONSCIENTE Y GENEROSA.

Para este segundo objetivo, empero, no basta ganar el entendimiento con razones claras y convincentes ni enriquecer la memoria con verdades útiles: hace falta también preparar el acto de fe, desarrollando el triple sentido de lo real, de los valores y del misterio. Porque es preciso que en medio de las arideces de la teoría, el niño sienta las palpitaciones de una realidad actualísima: el llamamiento de Dios, que le exige continuamente una respuesta a su mensaje... Y es necesario también que la unión divina a la que se siente espolcado, la aprecie como el máximo valor humano, lo cual supone, a su vez, que no se descuida la "experiencia religiosa" en la formación cristiana. Y por último, es indispensable que, apartándose de todo método racionalista —esencialmente erróneo en las cosas de la religión— abramos el entendimiento infantil para que, en alas de la fe, pueda tender hacia la verdad "integral" a través de las tinieblas del misterio. Y el fruto quedaría plenamente logrado, si éste se le presentara no sólo como una verdad incomprensible pero iluminadora, sino además como un designio de Dios que se debe cumplir con su colaboración.

DOS CONGRESOS RECIENTES SE OCUPAN DEL PROFESOR DE RELIGION...

Todo eso no se logrará sin muchas cualidades naturales, sin un tacto exquisito acompañado de ciencia sólida y variada, y sobre todo, sin mucha dedicación y trabajo de preparación inmediata y mediata. Por eso el V CIEC de La Habana no juzgó demasiadas doce conclusiones de la Comisión V. para ponderar la importancia excepcional y la dificultad especialísima de la cátedra de religión. He aquí algunas que nos dan plenamente la razón:

"CONSIDERANDO:

- 1º—Que al profesor de Religión se le debe exigir tanto o más que a cualquier otro profesor;
- 2º—Que la Religión es la disciplina que, por una parte, debe hacerse más amable y por otra, ejercer una influencia esencial y duradera;
- 3º—Que la instrucción religiosa y moral, de acuerdo con el canon 1372 (párrafo N° 1), ha de ocupar el primer lugar en la educación desde la primera infancia;
- 4º—Dado finalmente que, la Religión trasciende a todos los demás temas, y actualmente es atacada, principalmente por el naturalismo relativista, el comunismo y algunas sectas protestantes:
- 1º—El maestro de Religión debe tener conciencia de que es la proyección de la Iglesia en las Escuelas y Colegios y de que ha recibido una verdadera misión por parte de Cristo mediante el Ordinario o el Superior que le envía.

2º—No podría ser un excelente profesor de Religión, quien no viviese de la gracia y del amor sobrenatural a los alumnos, siendo para ellos, modelo y ejemplo en el actuar y el saber.

3º—Considerando indispensable que la formación moral, intelectual y sobrenatural del profesor de Religión, sea de tal profundidad que haga de él no un vulgarizador, sino un profesional de la enseñanza religiosa”.

Siguen nueve conclusiones más, henchidas de sabiduría, entre las que aplaudimos sobremanera la 11ª, que dice así:

“Estimamos muy conveniente urgir la vigilancia de la clase de Religión en los colegios al tenor de los cánones 1381 y 1382”.

Con ella guarda estrecha relación la súplica elevada a la Jerarquía por la Primera Reunión Regional de Pax Romana, para México, Centro América y el Caribe, celebrada en San Salvador del 18 al 13 de abril de 1954. Confrontan nuestros apóstoles universitarios la deficiencia de sólida y razonada formación religiosa en los egresados de los Colegios Católicos, lo cual causa en ellos mismos bajas lamentables y priva a la Iglesia de obras de apostolado postescolar; y en consecuencia:

“SUPLICAN a la Jerarquía Eclesiástica, recomiende a los Directores de Colegios Católicos que la enseñanza de la Religión sea sólida y razonada, tendiente a preparar a los educandos para que la practiquen virilmente, sepan resolver las dificultades doctrinales que confrontan y los constituya en verdaderos apóstoles de la vida universitaria”.

ESTAMOS EN LA HORA DE LA SINCERIDAD.

Creemos que todo este artículo constituye un comentario de la sabia actitud adoptada por Pax Romana en esta ocasión. Sin embargo, queremos puntualizar algo más. Según el orden indicado por el P. Van Caster, la formación del apologeta debe seguir, o a lo sumo acompañar a la formación del cristiano y del apóstol entusiasmado con Cristo, pero nunca precederla. Como base de ese grado de formación religiosa que necesita el universitario, se debe poner una formación vital. Sólo el apóstol convencido recibirá con éxito las pruebas apologeticas, porque las acogerá con el entusiasmo con que vestirá sus armas el novel caballero. Hace falta amor a la fe para que el niño o el joven estudie con provecho las razones abstrusas con las que se la defiende. “La juventud —nos dice el Papa— debe estar orgullosa de su fe y aceptar que le cueste algún sacrificio” (Osservatore Romano, 19/4/54). Sólo si somos capaces de presentar al Alma Mater jóvenes como los quiere Pío XII, habremos triunfado. Y no olvidemos que, en esta encrucijada de la historia —en la que los hombres ya hechos se ven arrollados por la ola de ateísmo que ha provocado el espíritu técnico—, el triunfo en la educación de la juventud es cuestión de vida o muerte.

Ahora bien, esa juventud orgullosa de su fe no la podremos formar ni remotamente mientras sigamos reservando para las asignaturas oficiales los maestros más competentes y subestimando en la práctica la enseñanza religiosa hasta el grado de considerarla como un cometido de menor dificultad y de poquísima responsabilidad, que se puede encomendar al ancianito retirado, o al mismo Reverendo Padre Rector, que ya por otra parte tiene que hacer milagros de tiempo para atender a otras múltiples responsabilidades —confesonario de señoras, angustias financieras en la construcción de nuevos locales, con la consiguiente organización de supertornos y demás compromisos sociales ane-

jos—, responsabilidades todas que si no siempre son de mayor gloria de Dios son ciertamente demasiado absorbentes para las limitadas fuerzas de un hombre. Creemos, pues, que en ese terreno se deben mover las reformas positivas y eficaces si queremos dar con la solución de un problema de tal envargadura.

Por eso hemos señalado esas anomalías reales con la sinceridad que exige de nosotros la gravedad de un peligro que debe ser conjurado por los colegios católicos y sus correspondientes grupos de padres de familia. Es que éstos, como cofactores de la solución, deben conocer no sólo "LO QUE DEBE SER" el profesor de religión, sino "LO QUE ES" en la realidad, para negociar los cambios conducentes. Pero por otra parte, tenemos sumo interés en hacer constar que al bajar al terreno de las concreciones, no hemos tenido presente —ni hubiéramos acertado a hacerlo por sernos desconocida en absoluto— la actualidad pedagógica de los demás centros católicos del país, sino que nos hemos referido únicamente a la que hemos podido conocer de cerca, que es la nuestra. No es, pues, un caso de "soberbia jesuítica", sino un simple grito de alarma "católico" en una revuelta peligrosa de la historia. Al fin y al cabo, no podíamos, secundar friamente el llamado del Papa a la prensa católica, consignado al comienzo de este artículo.

Y volviendo a él, no olvidemos, para terminar, que no habrá paz social, ni paz internacional, ni dignidad humana, mientras el espíritu técnico siga campeando por sus respetos en el mundo. Y ciertamente seguirá cundiendo mientras continuemos sacrificando la formación religiosa a la escasez de personal docente. Ojalá no tengamos que lamentar dentro de poco, que por no haber escogido acabar con el materialismo, éste se nos ha adelantado y ha acabado con la misma civilización que le dió origen. Las espantosas experiencias de la bomba de hidrógeno se encargan de alejar de nuestros temores el aspecto de quiméricos.

